LA ALBORADA

MONTEVIDEO, FEBRERO 1. DE 1903

AÑO VII

NÚM. 255.

La fórmula conciliadora



No hay más remedio. O se somete la minoria á la mayoría, ó me transformo en un canibal despiadado.

sin acertar á comprender lo que oían de labios de su hija.

Sí, papá, eso me ha dicho el conde de Lin.

CAPITULO XII

Tiempo es ya de dejar á la infortunada Leonor, confundida en su quebranto, discutir con sus padres el nuevo plan de vida que debía adoptar dada la crítica situación en que se encontraba, y trasladarnos á España, á fin de conocer la historia de la hermosa Bibiana, condesa de Lin.

Ardía el norte de la heroica y noble nación española, en una de tantas desastrosas guerras fratricidas que poco á poco han desgarrado sus entrañas. De una parte las fuerzas liberales, y de otra las huestes de don Carlos, casi diariamente y en encarnizada lucha, se disputaban palmo á palmo el terreno que ocupaban, sembrando la desolación y el luto en el fértil suelo de la valerosa España.

Entre los batallones que peleaban bajo la bandera del Pretendiente, había uno en el que figuraban dos oficiales extranjeros, Arturo Wilton que pertenecía á una noble y distinguida familia inglesa, y el coronel Juan Lester, de la misma nacionalidad, que siguió al primero, no sólo por la gran amistad que los unía, sino también por su decididida afición á la vida aveturera. Era Wilton, de carácter romántico é impresionable, y después de gastada la mayor parte de su fortuna en la causa carlista, causábale tal admiración y simpatía que puesto de acuerdo con su amigo el coronel y aceptando el grado de capitán se alistó bajo la bandera de don Carlos. Prolijo sería enumerar todos los hechos de armas en que tomaron parte los dos amigos; por lo que nos limitaremos á relatar aquellos que tengan relación directa con los que nos ocupan.



Grande era la amistad que se profesaban ambos extranjeros, pero creció más y más con las vicisitudes y aventuras de la vida de campaña. Donde quiera que se veía á Wilton, hallábase Lester y siempre se ayudaban mutuamente, en cuantos peligros les amenazaban. Cierto día el regimiento acampó cerca de un pintoresco pueblecito, y como quiera que por estar muy distante el enemigo nada había que temer, los dos oficiales, como de costumbre cuando llegaban á algún poblado, salieron juntos en busca de aventuras amorosas. La casualidad hizo que Wilton, conociese á una linda muchacha huérfana, llamada Margarita. Los expresivos y hermosos ojos negros de la huérfana, su ardiente mirada y apasionada naturaleza, hicieron que el capitán se enamorara de la joven española, hasta el ex

AÑO VII



NUM. 255

PERIÓDICO ILUSTRADO

SEMANARIO DE ACTUALIDADES, LITERARIO Y FESTIVO

DIRECTOR:	REDACTOR:	DIBUJANTE:	ADMINISTRADOR:
ARTURO SALOM	CARLOS F. MUÑOZ	JOSÉ OLIVELLA	AGUSTIN SALOM

Oficinas: Daymán, 52 **Montevideo, febrero 1.º de 1903** **Suscripción anual adelantada: $ 5**

Carlos Guido y Spano

Una visita.—El poeta en su cama.—Su enfermedad.—Su voz.—Su trabajo.—Sus admiradores.—Literatura argentina.—Letras uruguayas.—La poesía no muere.—Excusas de la impotencia.—Versos.—Morada y retrato del poeta.

Allá por las inmediaciones de Palermo, se alza en la calle Canning, una modesta casa *de altos*. Es la morada de Guido. He llamado á la puerta. Una criada me introduce en una vasta sala y me hace esperar. Todo es silencio. Es el día de Reyes; pero no se oye la alegría, el bullicio, los brindis de los festines. Esperemos.

Pasaron dos minutos, y una puerta se abrió frente á mí. La criada me invitaba á pasar á la estancia contigua. Héme dentro ya. Sobre una pequeña y baja cama de madera, veo sentado á un hermoso anciano que, con un suave movimiento de cabeza, me saluda é invita á acercarme á él. Me acerco conmovido y estrecho afectuosamente entre mis manos la diestra que él me ofrece. Junto á los pies de su cama, tomo asiento en una poltrona.

—Aquí me tiene Vd.—me dijo—con veinte años de enfermedad y ocho que estoy postrado con este reumatismo que no me deja. A veces suelo levantarme con alguna dificultad, para asomar mi cabeza por los balcones: es todo mi paseo, de aquí á allá.

No obstante esto, vi retratadas en su semblante la apacibilidad y alegría de su alma. Hablamos largamente, y durante el discurso de nuestra conversación, mostróse jovial, risueño, alegre y sosegado, como si los rigores de la enfermedad le fueran verdaderamente dulces. Habla sin afectación, con robustez, dulzura de voz y acento pausado; siendo en sus palabras, preciso y bien dispuesto, cadencioso y amigo de transiciones, ora rápidas ó lentas, ora enérgicas ó suaves, según la condición y carácter de los pensamientos que expresa; pero en todo lo que habla, se le distingue notablemente la mesura y delicadeza de una elocución eminentemente poética, fluida, abundante, llena de entereza y dignidad, y acompañada casi siempre de trozos felicísimos, que lo mismo seducen por su interés y propiedad, como por la bondad y autoridad exquisitas de quien los emplea. Es uno de los hombres más amables y hermosos.

A pesar de sus muchos años, es Guido un hombre lleno de trabajos, no por su gusto, sino porque se lo imponen. Parientes, amigos, conocidos, admiradores, literatos, le inquietan continuamente con sus solicitudes, alabanzas y presentes, á quienes se ve precisado á corresponder conforme á las fuerzas de su ancianidad.

—Vea Vd.—me dijo—si tengo trabajo. Y me mostró una bandeja llena de tarjetas, cartas y retratos. ¿Qué debo hacer? Pues no puedo permanecer indiferente so pena de parecer ingrato. Tengo aquí más de trescientos papeles, á los que tengo que leer y contestar. Continuamente recibo libros, tomos de poesías, en cuyas primeras hojas sus autores me dedican frases llenas de flores, como: *á mi querido maestro*, *á mi amigo*, *á mi padre en las letras*, *al insigne*, *al grande*, *al inmortal*, etc., etc. Vea Vd. aquí un tomo al que acabo de leer y contestar de la siguiente manera... Y mostróme un tomo de poesías del joven Gutiérrez y leyóme su contestación.

Hablamos de literatura argentina. Está—me dijo—un poco enervada. Hay mucho decadentismo.

En mi carácter de uruguayo, le pregunté acerca de la literatura de mi patria. Yo creo—me dijo—que en los momentos actuales, los orientales nos aventajan. Hay entre ellos una pléyade de escritores y poetas de alto vuelo, á quienes siempre he amado y que conceptúo superiores á los de mi patria en estos momentos. El uruguayo es notable por la entereza de su carácter intelectual. Aquí nos faltan hombres, como un Zorrilla de San Martín, que nos hayan dado un *Tabaré*. Yo siempre he amado á ese pueblo épico, inteligente y valeroso; he simpatizado con sus hijos y siento indecible placer cuando se me llama, como suelen hacerlo, *el amigo de los orientales*. Hay que notar—prosiguió—que lo que influye más en la presente decadencia es *el cosmopolitismo*, lo que no abunda tanto en el Uruguay.

Hablando de la poesía americana, como yo observase que, según el decir de algunos, el materialismo invadiendo el terreno del arte poético tendía á hacerla desaparecer, me contestó:

—Oh! nunca! jamás! La poesía existirá siempre. Jamás el materialismo se enseñoreará de ella. Mientras hayan estrellas en el cielo, mientras alumbre el sol, mientras corran las aguas de los mares, mientras canten los pajarillos, mientras haya montes que admirar, mientras la imaginación del hombre pueda alejarse de la tierra, mientras el Universo con sus encantos alabe á su Dios, la poesía existirá, porque es eterna.

A Guido y Spano le agrada el teatro: es amigo de la buena gramática. Contra la pretensión

de los innovadores, los ciegos defensores de la verosimilitud, los enemigos del verso en el drama, los poetas caprichosos despreciadores eternos del buen gusto y las reglas clásicas, exclamó:

—Todos los que arguyan en contra de las buenas reglas, que desprecian los buenos modelos para seguir el impulso de sus propios caprichos, los que crean á su gusto y antojo nuevas formas sin importárseles de las leyes dictadas por los grandes poetas; que desprecian á todo lo demás para dar importancia sólo á lo suyo; los que no versifican para el teatro por parecer verosímiles, sino que escriben en prosa, *esos tales*, no hacen más que inventar una *excusa á su impotencia*.

—¿Y qué me dice usted del nuevo idioma nacional de la Argentina que con tanto afán anuncia el doctor Abeille?

—Yo, sin ser entusiasta en esto, declaro, que no participo de esas innovaciones. Que el lenguaje que hablamos no es el mismo que el que se habla en España, es cierto. Aquí tenemos distintos giros y modismos, distinta pronunciación, pero esto no obstante, yo amo la lengua castellana y soy partidario de su estudio y cultivo.

Nuestro amado poeta, como manifestáse el deseo de leer en estos instantes alguna producción poética mía, saqué de mi cartera unos versos saficos y adónicos: *A la Noche Lóbrega*, que puse en sus manos, y leyó:

Lóbrega noche—que testigo fuiste
Tú de mis quejas,—de mi duelo inmenso
Dime si quieres—aumentar mi pena;
Dímelo quiero.

. . . .

Mientras leía en alta voz, sus ojos se iluminaron, adquiriendo un brillo penetrante y misterioso: sus colores se tornaron, de más pálidos á más encendidos; su cuerpo se ajitó nerviosamente y su acento se escuchó místico y elocuente como el acento extático del asceta. No leía sino que interpretaba. Y me sentí conmovido por sus acentos que eran los míos propios.

—Oh—me dijo—yo quiero también esa noche Lóbrega. Quiero la soledad, el olvido, el apartamiento. Pido como usted á esa noche, que me cubra con su «negro manto». Aquí me tiene usted, pobre anacoreta, en mis setenta y cinco años (cuando visité á Guido tenía él esta edad), deseando sólo las tinieblas de esa noche como compañero de mi vejéz. He escrito poco, y sin embargo he escrito demasiado: ahora quiero olvidarlo todo; quiero reposar, entregarme en brazos de esa noche, no ser *nada*.

Siguió aún hablando: sus acentos eran raptos de un lirismo grandilocuente y soñador. Más que hablar, soñaba. Soñaba al par que cantaba, pareciendo un *cisne* próximo á entonar el himno de su muerte. Yo quise en el instante oirle improvisar algunos versos, deseo que él con su dulce mirada me accedió y sastifizo en el acto.

Tomó de una mesita que tenía á su derecha, una caja llena de sobres, papeles y retratos, de donde sacó una hoja de fina cartulina y colocándose la caja entre sus rodillas y acomodándosela convenientemente á modo de mesa, tomó su pluma y se dispuso á escribir.

Entre tanto, con la lapicera puesta á merced de sus lábios, y con sus gafas de oro casi en la saliente de su hermosa nariz, el viejo poeta meditaba. Yo lo contemplé así por un rato, mientras él mirando con fijeza extríctica la cartulina, parecía evocar con la expresión de su rostro el favor del número.

De aire distinguido, blanco, ligeramente teñido de grana, de grande cabeza que guarnecen unas bien pobladas guedejas que reposan en sus hombros con las nieves de quince lustros, á las que acompañan coquetonamente una espesa y bien contorneada barba, con ojos vivaces soñadores y un tanto enamorados, frente amplia y descubierta hacía atrás, de facciones suaves y bien delineadas, sin mostrar en su suavidad el rigor de sus años; cubierto su cuerpo con un camisón de corte árabe que le sirve de traje de cama y rodeado por un muro de almohadas que le sirven de sostén, y cubiertas sus piernas por una colcha damasquina y sobre un bajo lecho de madera, tal se mostraba el venerable poeta ante mis ojos.

Hay pocos muebles en la estancia. El lujo no es conocido. La habitación de regulares dimensiones con dos puertas que miran al Poniente, una al patio y dos á dos piezas contiguas. Las paredes están casi completamente desnudas. No se ven imágenes, ni figuras de santos y vírgenes. A la cabecera de la cama hay una espada de apariencia antigua que supongo sea recuerdo de su padre el general Guido. Una mesita á su izquierda llena de libros y papeles. Junto á ésta, tres sillas hartas de libros, papeles y revistas. A la derecha, una mesa ordinaria, próxima á una de tres pies, las que están ocupadas con papeles diversos, tintero, un timbre, cigarros y otras menudencias. Se ven cuatro poltronas y un sofá. Un armario próximo á la cama, una pequeñita biblioteca-estante, una humilde cómoda sobre cuya eminencia descansa un busto de bronce. Tales muebles y no más, son los que adornan la cámara del «viejo cantor» de la patria argentina.

Es sorprendente la humildad y modestia de su vivienda. No hay siquiera un pedazo de alfombra en su piso. Pero es precisamente esto lo grande y admirable de su morada. Para los grandes hombres, el lujo y las vanidades de la moda están de más. En esa riqueza se ve la riqueza de sus dueños. Guido y Spano es el objeto más grande y precioso de su casa. En él pues, se fijan los ojos. Su humilde vivienda parece vivificar la existencia contemplativa y lírica de Luis de León en su *Vida Retirada*, existencia que hace llevadera hoy en su humildad, el poeta.

Esto observé ligeramente, durante los breves instantes que empleó en escribir los versos siguientes, que compuso dedicados á mí, después de leída mi *Noche lóbrega*, y que firmó y colocó en mis manos:

Prosigue en tu sendero
A la luz de la luna ó del lucero,
Y recoje las rosas del camino
Para adornar tu frente ¡oh peregrino!

Gracias, mi amado poeta. Seguiré como me aconsejas en mi carrera, sin desmayar, alentado por tu paternal palabra; recogeré las rosas si el cielo me es propicio, y adornaré con ellas mi frente juntamente con los que te siguen en la aspérrima pero dulcísima senda de la poesía. Yo guardaré tus versos como una reliquia sagrada, y, cuando esté afligido por la adversidad, los leeré una y mil veces, y ellos me devolverán la vida, me harán proseguir en mi camino, sin desmayar.

M. NUÑEZ REGUEIRO.

Nostalgias

Cuando se marcharon bien temprano con rumbo al Prado, metiditas las seis en un amplio breack, el cielo empezaba á sonrojarse sosegadamente por allá lejos, en mitad del Oriente. Aquel primer pudor del niño,—día que nacía desnudo en la cuna azul de un cielo claro, sin un pañal de nube, sin una mentira de sombra, riendo sin carcajada, alegre en su pudor, bullidor en su silencio solemne,—prometía para más tarde un sol brillante, de rayos rubios, que



iban á retozar por bosques y valles, por ciudades y ruinas, por mares tranquilos y blancos de hielo.

La sugestión de estos días magníficos llega á los corazones humanos, un tropel de alegrías, de luces, de risas, un bullicio que desborda por todos los sentidos, los magnifica también, y entonces, surge con todo eso, el deseo insaciable de gozar, de vivir la vida, de reirla, de abarcarla toda en un amplio abrazo, aunque al llegar la luz del nuevo sol, se tenga que llorar todas sus miserias, todos sus dolores...

Eso le pasó á las Martínez. Unos meses apenas hacía que habían dejado á España por América, América la rica, la venturosa, la joven, pero la desconocida, por España, la pobre, la triste, la vieja, pero querida, oh, sí, muy querida, como el aire, como el cariño, como la vida. Aquella mañana les había recordado las mañanas lejanas de la Andalucía florida, de la tierra del sentimiento y la belleza, que lloraba y reía á un mismo tiempo, sin un guiño, á la vera de las rejas ensangrentadas de claveles y de los rondadores que agonizaban sus amores en sus coplas.

Y ya en el Prado adormitado aún por las sombras que se alejaban despacio, tercamente, prendiéndose en las greñas de los pastos humedecidos, á raz del suelo, en todos los huecos, en todo lo oculto, en todo lo agazapado, la media docena de corazones sintieron tristeza en aquella alegría, una nostalgia infinita, y se inclinaron en la yerba, todas á una, y como una oración, como un *puñao* de cariño arrojado á aquel vientecillo que le llevarías á la patria soñada, murmuraron:

—Oh, España... ¡la mía!

Apareció el sol en todo su esplendor de oro y luz. Y empezó la borrachera de alegría á pleno aire y sobre la almohada semi-blanda de los céspedes, de aquella banda de mujeres que se habían vuelto niñas en un día de exparcimiento del corazón, rimado á la vida con la mala armonía de las tristezas y las desgracias. Se echaron á lo largo, de cara al gran sol y al cielo azul, en una molicie de poseídas, abandonadas por completo al regazo de la tierra, los miembros flojos, sueltos, las fuerzas perdidas, el alma afuera, el cuerpo solo.... Qué felices eran! Toda la maldita carga de la vida, con sarta de años, sus preocupaciones, sus vilezas, sus martirios, sus angustias, tirada un instante siquiera á un lado del camino para ser felices, muy felices, todo cuanto se pueda.... Más tarde, como cuando eran pequeñitas y tenían madres y caprichos negados, y rabietas embrionarias, empezaron á patalear en el suelo con furia, con todas las furias de sus antojos, como si quisieran destripar con los tacos de sus botinas de muñeca, el gran vientre de aquella tierra jovenzuela que no era la suya, la tierruca querida...

Una de ellas, la más niña, la menos mujer, le habló á las otras.

—¡Si estuviera Francisco, si Josellillo hubiese venido, mi hermano, tu hermano, el novio de esta!... ¡Pobres muchachos!

—Deja, mujer, que no seríamos tan felices.... El hombre.... es el hombre....

Y después de esta reflexión, la más morena, la más mujer, se quedó triste y sus labios contraídos por los recuerdos enseñaron una mueca amarga, dolorosa....

—Anda, Lola, olvida; aquello ya pasó....



¡Para qué acordarse! Ven.... bailemos.... contemos cosas de allá lejos.... de la tierra.... que salen de aquí dentro.... que estaban *ven guardás*....

Y mientras el palmoteo de todas aquellas manos menudas, redondas, finas, andaluzas, marcaban el compás rumboso de una jota, la más morena, la más mujer, la más tristona, exclamó con un suspiro:

—¡Oh España!.... ¡la mía!

MANUEL MEDINA BETANCORT.

El diente de la Condesa

Cerca del parque Monceau hay una preciosa casita que parece esconderse tras un grupo de clemátidas, y en la que vive la condesa de Viry, una encantadora viudita de 22 años.

La Condesa tenía un constante compañero, un delicado perrito, lanudo, muy blanco, al cual le daban por todo alimento un terrón de azúcar por la mañana y un bizcocho por la noche.

El perro se llama Nito.

—

Son las cuatro de la tarde. Luisa está en su jardín paseando por entre los rosales y mirando un botón recién abierto.

Nito ladra de contento á su ama. A veces aprieta entre sus dientes la falda de la Condesa, y apoyándose sobre las patitas traseras, tira con todas sus fuerzas.

De pronto se presenta M. de Beauchamps.

La viuda, al verle, se esconde tras de un arbusto, pero el recién llegado se dirige hacia ella y la besa en la frente.

Luisa es de mediana estatura. Tiene manos y pies muy pequeños, hombros redondos y cabellos muy negros.

Los dientes son tan blancos que cuando se sonríe brillan como perlas.

La joven se apoya en los brazos de Beauchamps, y los dos se dirigen á la antesala seguidos de Nito, que les mira con ojos celosos.

Los dos amantes se quieren mucho y habían determinado casarse.

Sin embargo, cada uno de ellos tenía un defecto: él era celoso; ella coqueta.

— Luisa — dice M. Beauchamps — me arrastras á la desesperación, dices que me quieres y no es así, porque veo que sonríes á todos tus amigos. Cuando te veo en sociedad tan llena de vida y de alegría y oigo tu risa argentina alegrando á los adoradores que siempre te rodean, no me es posible explicar la angustia que siento.

— Pues, ¿qué he de hacer?—replica Luisa.—Soy alegre, es cierto, pero eso no es un crimen. Por qué he de demostrarme fría con los admiradores de mi belleza?

—Tu risa de coqueta me desespera, porque si tu ríes así, en contra de mi gusto, debe de ser por enseñar los dientes. Bien sabes cuán hermosa estás cuando al reir echas hacia atrás tu cabeza, dejando al descubierto tu cuello alabastrino.

—¿Qué debo hacer para probarte mi cariño? Pídeme lo que quieras, pero no me exijas que deje de reir. Sólo soy feliz cuando estoy alegre y río...



... y entregó á su amante un dientecillo blanco y lechoso...

M. de Beauchamps se puso serio.

—Una noche me dijiste—prosiguió—que por mí sacrificarías tu vida. No te pido tanto, pero escúchame: ¿Quieres que sea el hombre más feliz del muudo?

—Habla... estoy dispuesta á todos los sacrificios.

—¿Aún teniendo que sufrir mucho?

—Sí...

—Bueno, pues... sacrifica un diente por mí.

—¡Eres muy cruel!..

— Solo uno, el más pequeño de los incisivos... Y después ríe todo cuanto quieras!..

— Pero tú creerás que estoy fea y dejarás de quererme...

--Te juro que de ese modo aseguras mi felicidad.

—Pues bien: todo lo sacrifico á tu amor...

Y la Condesa apoyó un timbre.

Juan, el criado, recibió sus órdenes y regresó un cuarto de hora más tarde acompañado de un hombre que traía en la mano un estuche de charol, semejante á los que usan los dentistas.

— ¿Quién es ese hombre?—preguntó M. de Beauchamps.

— Es Mr. James, el dentista—dijo la Condesa.

Luisa entró en su tocador seguida de Nito, que llevaba la cola metida entre las piernas como temeroso de que algo serio le amenazaba.

La Condesa volvió al poco rato, avergonzada y humillada, y entregó á su amante un dientecillo blanco y lechoso, que Beauchamps besó con delirio.

—

Desde entonces la Condesa se puso muy triste.

Sólo en rarísimas ocasiones se iluminaba su semblante con una sonrisa.

Se retiró cuanto pudo de la sociedad; pero siempre que se veía obligada por sus deberes sociales, á presentarse en público, la veían todos manteners separada de sus amigas y sentada en un rincón, muy seria y con la boca cerrada, como la puerta de una cárcel.

—Pobre Condesa! — decían algunos. — Qué cambiada está!.

Y M. de Beauchamps sentía que su cariño disminuía poco á poco.

Parecíale que empezaba á reconocer que lo que más amaba en Luisa era su risa, su alegría, sus chanzas y comenzó á entristecerse también.

Un día, ya desesperado, fué á ver á la Condesa.

—Luisa—dijo echándose á sus pies.—¿Me amas todavía?

—He jurado amarte siempre—replicó ella.

Pasionales

I

¿ Humillarte ? ¡ Jamás ! ¡ Véngate, mata ! »
El rencor sin cesar lo aguijonea
Y sus sienes la fiebre martillea
Con furia criminal, triste, insensata.

La tempestad de su alma se retrata
En su torvo semblante. Centellea
En sus pupilas la siniestra idea
Mientras su mano la bruñida plata

Del mango del puñal nerviosa oprime
A sus pies, ya postrada, llora y gime,
Presa de angustia indescriptible y loca

La mujer á quien ama... y aborrece
Largo rato la mira, se enternece....
¡ Y acaba por besarla en plena boca !

II

« Perdónala, sé bueno, ya su falta
Descontó la infeliz con tus enojos
Y la pena, en el brillo de sus ojos,
Grande, infinita, sin cesar resalta.

Desecha ese rencor que asi te exalta
Agitando, mezquino, los despojos
De tu dicha perdida y que con rojos
Arranques de furor aun te asalta.»

La clara voz de la conciencia vibra
Conmoviendo su ser, fibra por fibra
Con frases de cariño y de ternura.

Hasta que el beso del perdón estalla
Pero, rápido, el odio lo avasalla.....
¡ Y en sus brazos ahoga á la perjura !

Luis Scarzolo Travieso.

J. Braña

¿Atropello ó no atropello?
Mejor por ahora me abstengo,
Y así tomaré resuello
Haciéndome el chancho rengo.

—¿Quieres probarme la sinceridad de tus palabras?

—No deseo otra cosa.

—Bueno; pues... si me quieres... haz que el dentista te ponga un diente postizo.

— Qué desgracia! —dijo Luisa sollozando. Tenía yo razón cuando sospechaba que me dejarías de querer. Así sois todos los hombres! ¡Y me tachabas de caprichosa!

— Luisa, te ruego, te suplico, que me perdones. Maldigo mis celos, mis imprudencias.

— Según eso, ¿deploras realmente la debilidad con que accedí á tu capricho?..

—Estoy desolado y arrepentido, te pido mil perdones.

—Maldices la crueldad de tu injusta exigencia?

—Me la echaré en cara toda la vida.

—Serías feliz si te hubiese desobedecido?

Daría un mundo por ello...

La Condesa soltó una carcajada y enseñó completa toda su hilera de dientes.

¿Qué significa esto?—Preguntó Beauchamps estupefacto.

La Condesa abrió el hocico de su perro y le dijo:

—He aquí la víctima.

—¡Oh! —exclamó Beauchamps, levantándose con repentino arrebato de cólera.—Tú nunca... nunca me has querido!..

Paul BOURGET.

Enero de 1903.

Sociedad recreativa "Juventud Criolla"

Entre las numerosas sociedades que el domingo 18 del corriente se trasladaron á Villa Colón á pasar un día de expansión y bullicio, se encontraba la «Juventud Criolla», que festejando su 2.º aniversario, echó, con tal motivo, la casa por la ventana en un animado paseo campestre que hará época en los anales del club. Hicieron campamento en la Plaza Vieja y desde las primeras horas de la mañana la orquesta de la sociedad empezó á ejecutar un variado programa que despertó entre todos los asociados unas ganas tal de baile que, hombre con hombre, se balancearon toda la tarde en una serie indefinida de volteretas.



La sociedad «Juventud Criolla»

Una inmensa alegría reinó durante toda la fiesta, así como también una concordia tal, que pudimos observar que cuando se trata de verdaderos *criollos*, no tiene ninguna razón de ser aquello de *siamo fratelli in púlpito ma no in frittata.*

Las sociedades «Esperanza del Plata» y «Armonía» andaban también ese día de paseo por Villa Colón, y reunidas todas fraternalmente al rededor de los fogones, departieron amigablemente las primicias de un suculento asado con cuero.

En una visita que hicimos gustosos á esos fogones, pudimos apreciar las dotes de cantor que adornan al joven Manuel Villar, uno de los elementos de valía de la «Esperanza del Plata», quien nos hizo oir unos inspirados estilos cantados con verdadero gusto y afinación.

Al caer la tarde, una columna numerosa formada por los socios de las tres sociedades pasó á saludar á La Alborada, que á corta distancia del campo donde éstas habían hecho alto tendió ese día su carpa, bajo cuya sombra fué devorada una repleta olla de arroz con pollo, que según murmuraban algunos, tal vez por chocar á nuestro *maître d'hotel*, el plato resultaba una especie de engrudo.

A las 7 de la tarde, poco más ó menos, se retiró la columna dando estruendosos vivas á La Alborada y á su fotógrafo, que desgraciadamente, y á pesar de su buena voluntad, sólo consiguió un negativo publicable.

A . . .

Te quiero

Como el náufrago á la playa,
Como al oasis el viajero,
Como fuerza el que desmaya,
Como el perdido al sendero.

Como al pan el pordiosero.
Como al hogar el soldado,
Como al descanso el obrero,
Como á suerte el desgraciado.

Antonio MARTINI.

Actualidad extranjera


Academia Santa Cecilia

El 15 de Diciembre, la Academia de Santa Cecilia, en Roma, celebró el 28.º aniversario de su fundación.

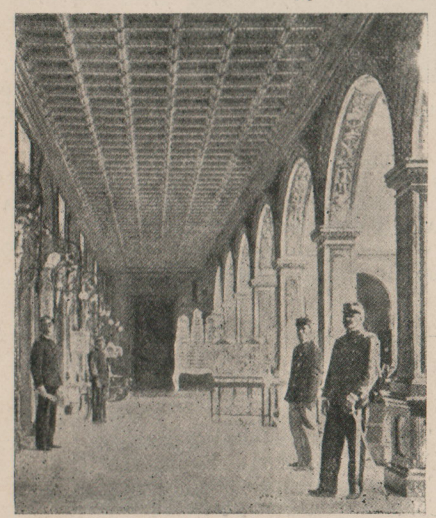
Sus salones se vieron con ese motivo invadidos por el mundo elegante: damas y vivaces grupos de niños, profesores y *dilettantis*. El presidente, conde de San Martino, hizo uso de la palabra. Refirió la historia de la Academia desde su fundación hasta hoy; alabó brillantemente á los profesores Sgambati y Pinelli, veteranos del liceo y beneméritos factores de su fundación y su grandeza. Y á ellos, en medio de crecientes aplausos, confirió la gran medalla académica. Habló también el ministro de instrucción pública hon. Vasi, quien dijo un discurso elevadísimo, exquisito y del cual, un diario italiano dice lo siguiente: «Rara vez—y lo decimos en homenaje á la verdad y no por adular á un ministro,—hal íamos oído, de labios ministeriales, y aún de literatos, pensamientos tan hermosos vertidos en una forma impecable». El hon. Vasi ha proclamado que «amar y promover el arte musical es para los italianos una prueba de verdadero patriotismo». Y después de haber recordado al llorado maestro Felipe Marchetti, habló largamente sobre Verdi, que con su genio portentoso, «supo mantener la italianidad del sentimiento musical».

—Continúa la expectativa surgida con motivo del conflicto venezolano. Este pequeño país pobre y desamparado ha mantenido la actitud digna que asumió desde el primer momento, no cediendo ante las intromisiones insolentes de Alemania, Inglaterra é Italia. La firmeza de carácter demostrada por el presidente Castro para mantener sus legítimos derechos ante los poderosos enemigos europeos, es admirable, y eso le ha valido la aureola con que todo el mundo le contempla.


Concentración de las milicias venezolanas


Estación de Barcelona bloqueada por los ingleses

El brillante comportamiento del jefe del fuerte «San Carlos», cuyas balas han hecho tiros tan certeros en el casco del crucero alemán *Panther*, ha sido suficiente para que una entusiasta manifestación popular, diera pruebas de lo que es capaz el sentimiento patrio cuando se ve atacado por invasores audaces.


Vestíbulo del palacio del Presidente Castro


El Presidente Castro y su Consejo

—Ha sido la comidilla por unos días en las cortes europeas, la doble fuga de la archiduquesa Luisa Antonieta, princesa de Sajonia, con su preceptor M. Girón y la del archiduque Leopoldo Fernando, hermano de aquélla con Guillermina Adamovitch, una bellísima hija de Lundenburgo, ciudad de Moravia.


Archiduquesa Luisa Antonieta, princesa de Sajonia


Príncipe Federico Augusto de Sajonia — Príncipe Leopoldo Fernando

La fuga de la archiduquesa Luisa Antonieta ha tenido aún mas trascendencia que la de su hermano por su condición de casada y madre de varios hijos tenidos con su esposo Federico Augusto de Sajonia. Sin duda alguna, hay que presumir que fué el cariño el que logró deshacer los apretados lazos matrimoniales y de nobleza de los archiduques de Sajonia, y que ha dejado tan mal parado el honor de la casa real de que procedían ambos rebelados. Muchas fueron las historietas que se bordaron con este motivo y muchas también han sido las consecuencias que estos escándalos han acarreado y acarrearán todavía mientras se concluya de liquidar lo que tienen pendientes los nobles prófugos en las cortes de Sajonia.

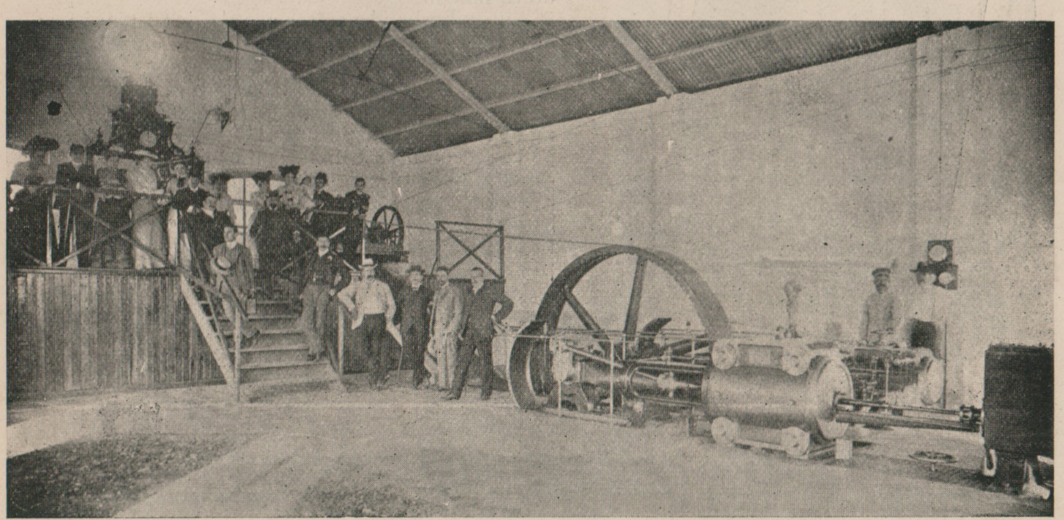

El monumento á Gounod

—Próximamente será inaugurado en el parque Monceau (París), un notable monumento levantado á la memoria del célebre Carlos Gounod. El autor de la obra es el escultor francés Antonio Mercié y constituye el monumento un grupo de tres jóvenes abrazados que representan á *Margarita*, *Safo* y *Julieta*, heroínas de las tres principales obras de Gounod.

En Milán obtuvo este autor uno de sus más grandes fracasos con motivo de la representación, en junio de 1878, de su obra «Cinq Mars».

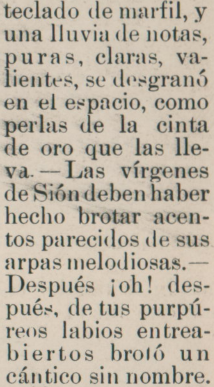
Antes de dejar á Milán, el autor de «Fausto» regaló, á raíz del fiasco obtenido, su retrato á una encumbrada dama, con las siguientes palabras: *Un viejo soldado herido en Milán*. El monumento que hoy se le erige es de mármol de Carrara y el grupo alegórico está acompañado de Cupido, en actitud de hacer sonar un órgano.

Minas.—La inauguración de la luz eléctrica


Vista interior de la usina

A María

Sabes, dulce niña? Hermosa estabas, como los ángeles del cielo; vestida con túnica sin mancha, parecías una ninfa del mar entre copos castísimos de espuma. — Yo te veía, oculto entre las sombras. — Así, sin ser vistos, deben los hombres ver á los ángeles.



Te llegaste al piano; tu mano de nieve hirió el teclado de marfil, y una lluvia de notas, puras, claras, valientes, se desgranó en el espacio, como perlas de la cinta de oro que las lleva. — Las vírgenes de Sión deben haber hecho brotar acentos parecidos de sus arpas melodiosas. — Después ¡oh! después, de tus purpúreos labios entreabiertos brotó un cántico sin nombre. — Era una melodía germana: vaga aspiración de un soñador enfermo, sollozo de una alma que se muere, debía ser una de esas creaciones dolientes é indefinibles, nacidas bajo el cielo oscuro de la patria de Beethoven. — El último canto del ave que se muere entre las brumas heladas del Norte debe ser como aquel canto. — Y yo te miraba, oculto entre las sombras, y me decía suspirando: acaso es una alma enferma.

Coro de ángeles que cruza cantando en el espacio; voces no aprendidas de música del cielo; bandada de alondras que asciende gorjeando á las alturas.... eso creí que escuchaba en tus dulcísimos acentos.

Mientras la música, esa lengua de oro que habla un divino, universal idioma, era el fiel intérprete de tu alma, tus grandes ojos negros erraban por el pedazo de cielo que se veía á través de los cristales de tu balcón.

Aun vibraba el postrer acorde de tu piano, como el sollozo de alguien que se aleja, cuando á tus ojos, como un punto de luz, brotó una lágrima, purísima y solitaria perla del corazón, que rodó lentamente por tu mejilla virginal. ¿Por qué llora ese ángel? me dije suspirando. ¿Acaso esa alma sufre penas recónditas como el alma mía? Y entonces, dulce niña, aun comprendiendo tus dolores, te creí casi feliz. ¡Ah! dije sollozando entre las sombras! Si ella me prestara el tesoro de sus lágrimas; si yo tuviera ese celestial rocío para llorar mis penas, ¡qué feliz sería entonces!

Y oculto entre las sombras, con el alma estremecida y sin lágrimas los ojos, te miraba, te miraba, bellísima María. Te miraba....

Vicente MEJIA COLINDRES.



Por alta traición. Una condena á muerte

Recordarán nuestros lectores que allá por los tiempos en que la guerra entre Inglaterra y Transvaal estaba en su apogeo, un ciudadano irlandés, el coronel Arthur Lynch, creyendo era el mayor atentado á la libertad y estabilidad de los pueblos constituídos, la manera de proceder de la vieja Albión con las dos pequeñas repúblicas sudafricanas, Transvaal y Orange, protestó en todas las formas contra su propia nación, y renegando de su bandera, se alistó como combatiente en las filas boers y abrazó su causa por entero, que él creía con justa razón era la causa de la justicia y el derecho.

Por este motivo en estos días se ha visto en los tribunales londinenses la causa de este soldado de las libertades, acusado por el gobierno inglés por el delito de alta traición á la patria. La condena, como es de presumirse, fué la de muerte; y á pesar de su gravedad, el coronel Lynch guardó á su lectura una actitud serena y caballeresca digna de los nobles ideales porque fué acusado.



El coronel Arthur Lynch

Creyó siempre que su proceder había sido el de los hombres de ley, y por eso no ha flaqueado un instante ante las distintas y oprobiosas frases del juicio que le instauraron.

Escritos los datos que anteceden, el telégrafo comunica que la justicia inglesa ha conmutado la pena capital al coronel Lynch, por la de servidumbre perpetua.

Un artista distinguido



Luis Scarzolo Travieso

El señor Luis Scarzolo Travieso, inteligente joven cuyas obras le han valido los mayores aplausos, acaba de obtener en la exposición celebrada últimamente en Treinta y Tres, un nuevo triunfo, con un affiche estilo modernista, hecho expresamente para el establecimiento que el señor don Carlos Reyles posee en Molles (Durazno). La obra del joven artista obtuvo el diploma de honor, y con tal motivo le ha sido enviada por la Directiva de la citada exposición una honrosa cuanto justiciera nota, que no publicamos por falta de espacio. El señor Scarzolo Travieso, poseedor de una imaginación enteramente tropical, es á la vez un galano poeta, cuyas obras son leídas con gusto por todos nuestros intelectuales. Es autor de un hermoso tomo de poesías que lleva por título «Ensueños y Vibraciones», que le ha valido las mayores alabanzas de la crítica nacional y extranjera.

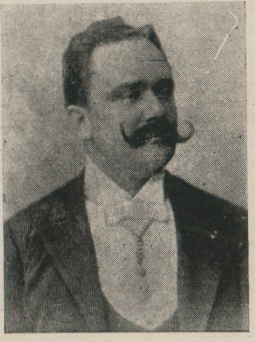


El affiche premiado

En la tribuna del club «Vida Nueva» pronunció, no ha mucho, una conferencia sobre el «Arte moderno», tratando el tema con erudición y galanura.

Don Félix Murugarren

Ha llegado á nuestra capital en estos días, con procedencia del Salto, el señor Félix Murugarren, educacionista aventajado que ha tenido á su cargo en la capital de su procedencia algunas cátedras de bachillerato en el Instituto Politécnico. El objeto de su venida á Montevideo responde á que ha sido favorecido con la subdirección del importante establecimiento educacionista, á cuyo frente se hallaba el conocido profesor Albino Benedetti.



Félix Murugarren

El señor Murugarren es indudablemente un buen elemento adquirido por el Instituto Universitario, y la comprobación de este aserto la tendrán los educandos que cursen sus estudios en el nuevo año escolar bajo su competente dirección.

Antes de embarcarse con rumbo á esta capital, el profesor Murugarren fué obsequiado por sus amigos en el Hotel Concordia, con un bien servido banquete, en el que se hicieron sinceros votos de felicidad por la buena ventura en el desempeño de su nuevo é importante cargo.

El crimen de Saucedo

PREMEDITACIÓN Y ALEVOSÍA

Honda impresión ha producido el crimen cometido en Saucedo, que por las condiciones en que se ha realizado, ha tenido gran repercución en toda la República. Vivía en aquel paraje el señor José Comas Benavent, antiguo comerciante, á quien todos apreciaban por los relevantes méritos que lo adornaban.

Como el día 7 de enero permaneciera cerrada la casa del señor Comas, sin que diera éste señales de vida, los alarmados vecinos dieron cuenta del suceso á las autoridades locales, las que determinaron violentar las puertas de las habitaciones para cerciorarse de lo que en ellas había pasado.

José Comas Benavent

El día 8 por la mañana, el señor juez de paz seccional, acompañado del comisario Núñez, procediendo como la ley ordena, forzaron una ventana del dormitorio del señor Comas, quien, alevosamente asesinado, se hallaba tendido en mitad de la habitación. En la noche del crimen, en la casa de la víctima se hallaban los individuos Juan Ojeda y Juan M. Molina, así como también una antigua sirvienta del establecimiento, llamada Secundina Barrios. Estas personas, interrogadas por las autoridades, aseguraron no haber sentido nada durante la noche, circunstancia que, unidas á otras semejantes, daban al asesinato un carácter novelesco. Nuestras autoridades civiles y policiales, procediendo con el celo y clarovidencia que siempre las ha distinguido, no se han dado un momento de reposo, mereciendo grande alabanzas la actitud del juez de paz señor Oxandabarrat, secundado hábilmente en la pesquisa por el señor comisario Núñez y el personal á sus órdenes.

Como medida previa, se procedió al arresto de Juan Ojeda, Juan M. Molina y Secundino Barrios, quienes han mantenido varios careos que han arrojado alguna luz sobre el crimen.

Los presos se encuentran en Constitución, centro de las autoridades principales, y alejados 8 leguas del punto donde se desarrolló el suceso. La casa de la víctima se encuentra en poder de la justicia y á ella se trasladará probablemente el juez de feria, si ya no lo ha hecho, para estudiar detenidamente el paraje, teniendo en cuenta los rastros dejados por los criminales.

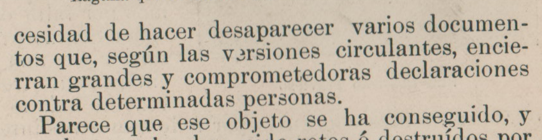


Cuarto en que durmieron Baldomero Rodríguez y Juan Ojeda en la noche del crimen



Laguna que se halla á los fondos de la casa

Se ha señalado como móvil del crimen, la necesidad de hacer desaparecer varios documentos que, según las versiones circulantes, encierran grandes y comprometedoras declaraciones contra determinadas personas.



Parece que ese objeto se ha conseguido, y que los papeles han sido rotos ó destruídos por el fuego, ignorándose hasta ahora el nombre de los seres que en ellos se citaban, así como también sus paraderos. Personas que mantenían con la víctima estrecha relación, han negado la existencia de esos documentos, puesto que nunca el señor Comas les ha hecho mención de ellos. Otros afirman lo contrario, de modo que sólo de las resultancias del sumario podrá saberse la verdad al respecto.



Casa de comercio de don José Comas Benavent

Gracias á la actividad de nuestro corresponsal artístico señor Serafín Cañizas, podemos ofrecer una completa información fotográfica de los diferentes puntos donde se desarrolló el horrendo asesinato.

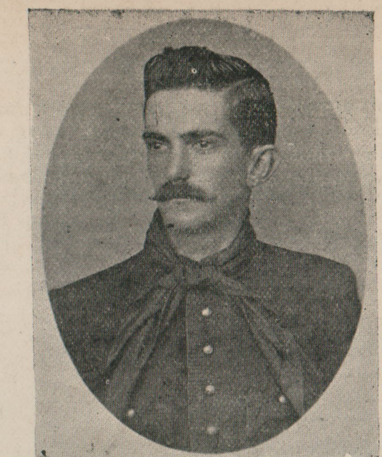
Hace pocos días que Baldomero Rodríguez llegó á habitar en la casa del señor Comas.

Sus antecedentes arrojan una sombra que está velada, y da tema á las sospechas que sobre él han recaído.

Es un tipo de alta talla, delgado, de rostro moreno y barba larga.

Viste traje de campo, con bombachas oscuras y camiseta de percal usada.

Su cabellera negra y enmarañada está cobijada por un gacho marrón de bastante uso; calza alpargatas. No es el tipo del asesino vulgar y su carácter es más bien dócil que levantisco; reservado en extremo, ha permanecido casi mudo en el momento del interrogatorio.



Alférez Pablo J. Riveros, comisionado por la jefatura política para el descubrimiento del crimen.



Autoridades, periodistas y testigos que concurrieron al teatro del crimen



La comitiva de regreso

En su ropa se han encontrado abundantes manchas de sangre que es todo una revelación.

La sirviente no demuestra más que abatimiento. Al parecer está triste é impresionada por la desgracia ocurrida.

Juan Ojeda es el menos simpático. Tiene los rasgos psíquicos del hombre audaz y sin alma, capaz de afrontar las empresas trágicas y atrevidas.

El día 16 del corriente el juez de feria don Ceferino Travieso, acompañado por el escribano Angel Saldaña y los señores Serafín Cañizas, Justo Thévenet, Lúcas Piriz y Juan Paiva, director este último de «El Imparcial», diario que ha hecho, con motivo del crimen que nos ocupa, una enérgica y activa campaña, se trasladaron al lugar del suceso, llevando consigo á los detenidos, custodiados por el alférez Riverós.

Hecha una minuciosa revisación de los papeles, libros, correspondencia, etc., del señor Comas Benavent, no se encontró en ellos nada que pudiera dar indicios seguros sobre la persona ó personas que han intervenido en este crimen que aparece con ribetes de misterioso. En las puertas y en la ventana de la casa no se descubre señal alguna de efracción, por lo que parece que ninguna de ellas ha sido violentada. Hacemos sinceros votos por que se aclaren cuanto antes todos los puntos obscuros que hay en este sangriento hecho, para que la justicia se cumpla sin contemplaciones de ningún género.



La enramada de la casa del señor Comas Benavent

Sociedad 8 de Diciembre





Almuerzo ofrecido el domingo 25 en su local de Punta Carretas

Entre gauchos

Era una noche de invierno, una de esas noches largas y crudas en que el frío, mayormente en el campo, obliga á refugiarse al abrigo del rancho y al calor del fogón, donde se forjan historias para acortar el tiempo y hacer más soportables los rigores de la helada, que parece atravesar como hilos de acero por los intersticios de la quincha.

Al lado de un fogón, en esa noche, se hallaban dos paisanos, llamados uno Silvestre y el otro Quilimaco, ambos gauchos de ley, y que platicaban lo que paso á referir, asegurando ¡que no es mentira!

Empezó ño Silvestre de esta manera:

—¡Jué perra! ¡Que helada está cáindo! Estoy entumío de frío, ño Quilimaco... arrimelé bastante leña e vaca (1) al juego y ponga la caldera. Allí, en aquella rinconera hay un juentón viejo lleno e sebo. L'echa un piázo al juego y otro al candil que ya está rejucilando po apagarse, mintris que yo voy ensillando el cimarrón.

POR NUESTRA CAMPAÑA

Maldonado.—Paso de Barbachana

Inmediatamente después de quedar todo á medidas del deseo de ño Silvestre, se sentó éste enfrente de su compañero, y los dos bien próximos al fuego, donde, mientras *cimarroneaban*, continuaron de este modo:

—¡Qué cosas incráibles pasan, ño Quilimaco, en la vida del resero!

Una ocasión tráibamos arriando una novillada é siete mil setecientas setenta y siete cabezas.

Era e noche, pero una noche e luna clarita como una plata.

Redepente, amigo, al llegar á la laguna e Juancho ¡susto fiero nos pegamos!

—¿Debío á qué?—interrumpió ño Quilimaco.

—Aura vá á ver. En el tiempo que echa una rana en tirarse al'agua, se ponió la noche más escura que boca e lobo...

—¡Cosa bárbara! ¿Y qué había sío?

—¡Pucha que es apuráo...!

—Es que estoy cráindo que su cuento va á ser más largo que la custión d'esa estafa de franchutes... que ha dao tanto que conversar.

—Si usted m'está saliendo á la cruzada, tal vez...

—Güeno, aflojelé á la sin güesos, que yo vi'estar calláito.

—Pues, como l'iba diciendo: Yo sujeté y me quedé aguaitando.

Al poco rato comenzó a clariar hasta que quedó la noche otra vez como el día. Entonces vinimos a saber que lo de la escuridá había sío una incráible bandada é patos negros que se había levantao é la laguna cuando nosotros íbamos llegando con l'hacienda.

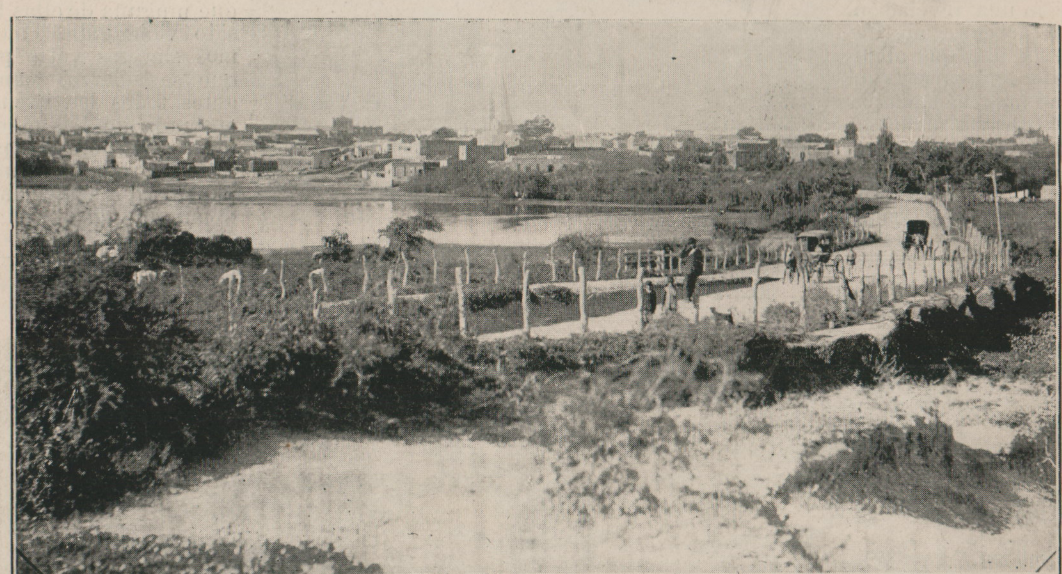
—¿Y cómo lo han venío á saber?

—Lo supimos enseguía, porque cad'uno de los siete mil setecientos setenta y siete novillos llevaba sáis y siete patos ensartáos en las aspas.

—Si, esas cosas ansina cuasi siempre suceden en la vida del gaucho,—dijo ño Quilimaco, sin afectar asombro.

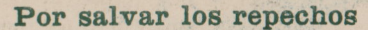
Yo en mi vía é matrero tamién é tenío las mías.

Un'ocasión andaba seco é sé y no hallaba ni un chiquito é agua.

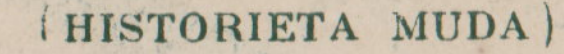


Vista general de Fray Bentos

(1) Bóñiga seca.



Por salvar los repechos



(HISTORIETA MUDA)

J. Olivella



Esa noche Roberto llegó tarde á su casa

Sus hijos ya se habían dormido: sólo su joven esposa velaba. Una nube de tristeza se difundía por su rostro alumbrado á medias por la suave luz de una lámpara encerrada dentro de una pantalla de seda amarilla...

La pequeña Rosita tumbada sobre un felpudo, abrazada de su Casilda, no había querido acostarse por ver á papaíto: su madre para no contrariarla la había dejado allí.

La entrada de Roberto lejos de tranquilizarla la alarmó. Su esposo no tenía el aire tranquilo de costumbre, una palidez cadavérica cubría su semblante.

—¿Qué tienes amor mío?—le dijo con voz temblorosa por la emoción.

—Nada, esposa mía, nada. Y se llevó el pañuelo de batista á los ojos para enjugar una lágrima traidora que lo divulgaba.

¡Eso no es posible! Tú tienes algo que me ocultas, ya no eres bueno conmigo.

—Sí, Margarita, no soy bueno; no soy honrado; ¡no quieren que lo sea!!

¡Santo cielo!! Habla, explícate, ¿de qué se trata?—exclamó con vehemencia Margarita.

—De que estamos perdidos, nuestro porvenir se acaba de derrumbar á mis pies, mi nombre, el nombre que me legó mi padre, no podré trasmitirlo tan limpio como lo recibí á estos seres inocentes, tan inocentes como su desgraciado padre!!.

—¡Acaba, que me matas!—Articuló por última vez la joven señora.

—Hoy al regresar á mi escritorio—dijo Roberto con voz trémula—me encontré con mis papeles en el mismo orden en que los dejé ayer; pero al buscar unas acciones de crédito y varios documentos de valor no los encontré á pesar de las mil pesquisas que he verificado. Mi principal, después de hablarme en lenguaje tosco y descortéz ha dado parte á la policía denunciándome como autor de la sustracción, añadió sordamente.

—Sí, pero tú eres inocente, ¿verdad esposo mío?

—No basta serlo, debe uno comprobarlo: ante mi conciencia soy tan honrado como antes, ante los hombres mi reputación está manchada. Sólo yo tenía la llave de ese depósito sagrado.

Un silencio sepulcral siguió á estas palabras mientras la estancia se perdía entre las sombras de la luz amarillenta que se amortiguaba, como desaparecía la felicidad de un hogar honrado entre las sombras de la duda que se extendía sobre la honorabilidad de Roberto ... .

. . . .

El juicio por la supuesta sustracción duró algunos meses, el joven empleado fué detenido primero y más tarde condenado á cárcel.

Esa condena pesó durante los pocos meses que sobrevivió á esa muerte de su personalidad como una montaña de granito.

Su santa esposa y sus tiernos hijos gimieron en la miseria y el deshonor.

. . . .

Un día—dos años después de la muerte de Roberto—al remover unos papelotes viejos del escritorio del exempleado se descubrieron los documentos por cuya supuesta sustracción fué arrojado á la cárcel.

Tres meses antes había muerto Margarita consumida por la tisis en una covacha del hospital de Santa Ana sin ver la rehabilitación de su esposo de cuya inocencia no dudó un instante, y sus hijos dados de alta en las compactas filas de los desgraciados se habían separado impelidos por esa *fatalidad* que los había perseguido ..

PERO NUÑO.



Estaba el día como marca recién sacada del juego, y como la partía me había olfatiao y andaba puallí, tuve que'sperar la noche, y cuantito llegó, salí á campiar agua.

Andaba en una mula mi güena pa las sierras, y con unas espuelas que tenían la rodaja como las sentaderas e la caldera,—(aludiendo á la pava).

—Negras, ansina como el fondo é la caldera?

—No, pues, quiero decirle que podían ocupar lo que el redondel de abajo e la caldera... Machazas, va!

-- Güeno, siga.

—Busqué puacá y puallá, pero, amigo, paecía maldición e Dios, no hallaba agua por ningún láo.

Durazno.—Estancia del señor Juan R. Laguna

Ya andaba como mancarrón cansáo, cuando redepente alcanzo á ver que del lomo d'una montaña cáiba un chorro de agua como del grueso del déo, cristalina que daba gusto!

Ai nomás enderecé como vaca á la querencia! ¡Hermanito, en lo que estaba prendío del chorro, óigo el bramío e un lión cuasi abajo é la mula en que estaba montáo! Ai nomás comencé a subir pó el chorro como mono Narangutan.

—El susto no era pá menos.

—Aura verá. En lo que estaba all'arriba, sentí com'un peso en los garrones...

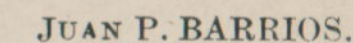
—¡Las espuelas, dejuro!

—No, amigo, era la mula que la llevaba ensartada en las espuelas.



Durazno.—Estancia del señor Juan R. Laguna

JUAN P. BARRIOS.



Confidencias

Esta loca pasión me causa miedo,
pues, á tu lado, de placer me ofusco;
te quisiera olvidar... pero no puedo;
por eso es que en tí sueño y que te busco.

Cómo contemplo en mi fervor amante,
de tu mirar divino á los destellos,
la dulce palidez de tu semblante
bajo la obscuridad de tus cabellos.

Cómo soñando el alma se consume
de una emoción al inefable goce:
cuánta embriaguez oculta tu perfume,
cómo electriza tu divino roce...

Pasas... y el ruiseñor de cantar cesa,
te dan su aroma las fragantes flores,
en un rayo de luz el sol te besa
y te murmura el aura sus amores.

Pasas... y al punto por besar tus huellas,
se inclina tierno y dócil el ramaje:
te llaman desde el cielo las estrellas
y el mar suspende su rumor salvaje.

Pasas... y el alma de embriaguez se queja,
y te acaricia con delicia extraña,
en el perfume que tu aliento deja,
en la luz y en el aire que te baña.

Pasas... y se desprenden por doquiera
efluvios mil de música y olores;
va contigo la alegre primavera,
la que soñé infeliz en mis amores.

Cuando pasas, de amor embebecido
me deja el fuego que en tus ojos brilla,
el corazón suspende su latido,
¡y el alma temblorosa se arrodilla!

A. MAURET CAAMAÑO.

Nota social



Lola Chicha Urquiza

Señora Amalia M. de Urquiza



Amelia Chola Urquiza

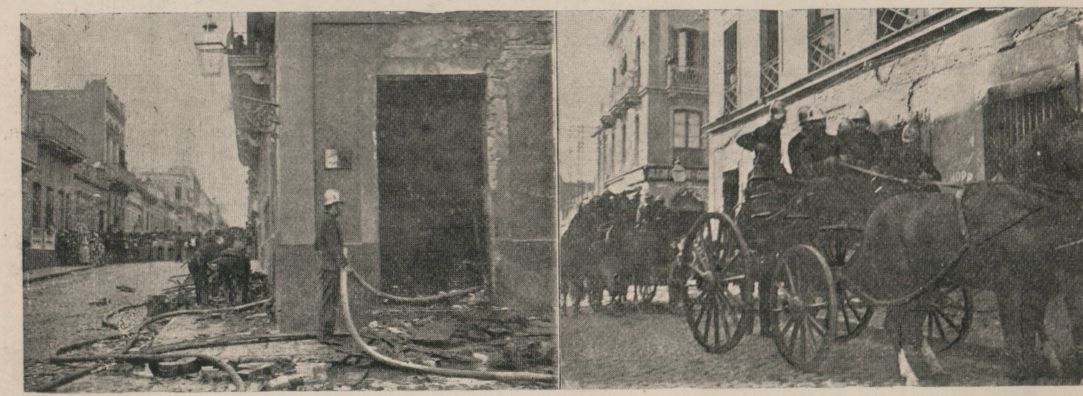
Han sido por unos días nuestras huéspedas, las distinguidas damas argentinas señora Amalia M. de Urquiza y señoritas Amelia Chola y Lola Chicha Urquiza, cuyos retratos tenemos el agrado de publicar como una interesante nota social y como un acto de justicia á sus merecimientos y prendas personales.

El incendio del almacén «Wáshington»



Apagando el incendio

A la 1 y 1/2 de la tarde del día 23 del corriente un voraz incendio destruyó completamente el almacén «Wáshington» situado en la calle Cerrito esquina Pérez Castellanos, instalado hacía apenas quince días. Su propietario el señor Francisco Barros atribuye la causa del incendio al derrame de una botella de aguardiente en momentos en que ardía un fósforo en el suelo. El fuego se



Últimas maniobras — De retirada

extendió inmediatamente á todas las existencias, siendo inútiles los esfuerzos que el Cuerpo de Bomberos hizo para sofocarlo. Sólo fueron libradas de la catástrofe la caja de fierro y poca mercadería de escaso valor.

El almacén estaba asegurado en la «Nord British and Mercantile» en la suma de 4,500 pesos.

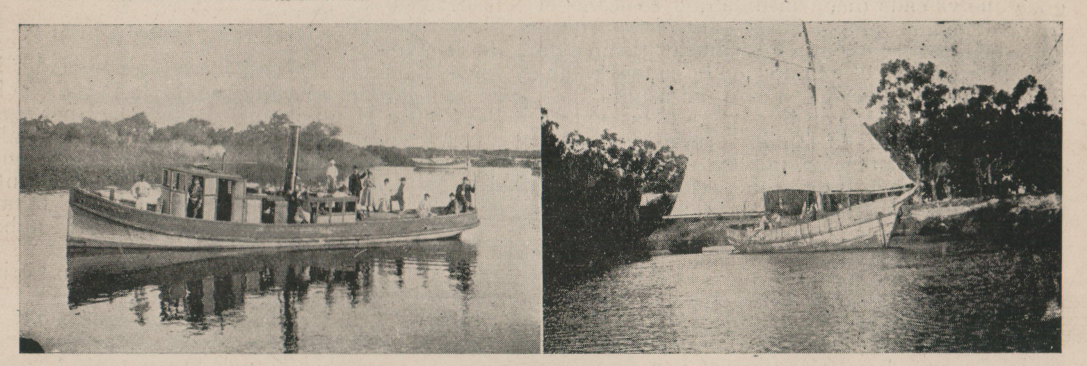
«Bella Vista Rovers Foorball»



En la gruta

En domingos pasados la sociedad recreativa « Bella Vista Rovers Football » verificó una fiesta caspestre en el campo Eúskaro, donde pasó un día de completa expansión. Bajo las frondosidades de los árboles del campo Eúskaro se cantó, se organizó música, se jugó al football, y sobre todo, se jaraneó mucho, lo que demuestra la excelente armonía que reina entre todos sus numerosos coafiliados.

En el río San José



Una excursión — Aprovechando el viento

Paseo campestre



Centro Obreros de Panaderos

En la quinta de Acuña situada en la Estanzuela, celebró la sociedad «Centro de Obrero Panaderos», un animado paseo campestre que tuvo proporciones de verdadero banquete.

Más de 100 personas, entre socios é invitados, se sentaron á la mesa, entregándose á mandíbula batiente á la trituración de abundantes y sabrosos trozos de azado con cuero, plato infaltable en toda fiesta criolla.

Los Humbert

EL CAMBIO DE ESCENARIO



Mme. Humbert y su hija Eva pasando del tren español al francés



El «sleeping-car» francés conduciendo á la familia Humbert



«Sleeping-car» español detenido al lado del francés



Periodistas franceses que se trasladaron á Madrid

Continuamos en este número la interesante información del famoso asunto Humbert-D'Aurignac que va cada día, á medida que se acerca el final, tomando proporciones sumamente novedosas y que servirá, aún por mucho tiempo, de comidilla en todo el mundo donde se tenga aunque sea un simple conocimiento del asunto.

En toda España, con la entrega á las autoridades francesas de la familia estafadora, ocupó la atención pública más que ningún otro asunto local, y según nos relatan las crónicas de la prensa ibérica últimamente recibidas, fué una verdadera romería la que se formó en la estación de ferrocarril que servía de punto de embarco para Francia de los importantes acusados. Pero para la mayoría de los curiosos los deseos de presenciar la partida fracasó por completo. Apenas si los corresponsales de algunos diarios pudieron enterarse del momento del viaje, y acompañar el tren expreso que los llevaba hasta París. Para conseguir el mayor misterio, las autoridades españolas habían dispuesto toda clase de despistamientos, entre ellos la de hacer desenganchar una vez salido el convoy conductor á una hora ignorada, el *sleeping-car* donde iban los Humbert, y dejarlo en la vía en pleno despoblado y antes de llegar al puente internacional que limita á Francia de la Península Ibérica. De allí fueron trasbordados los acusados á otro *sleeping* venido de París, que los llevó hasta Hendoja, una de las estaciones ferrocarrileras francesas. Nuestros grabados reproducen las fotografías tomadas en los momentos más culminantes de todos estos zarandeos de la también tan zarandeada familia Humbert D'Aurignac.



La casa donde vivían los Humbert

El inspector Caro, que prendió á los Humbert en Madrid

En todo el trayecto, aún en territorio español, la policía francesa ejerció una extremada vigilancia, como si temiera de que aún los famosos pájaros que habían volado por tanto tiempo y que tanto tiempo también transcurrió para haberlos, pudiera alzar el vuelo de nuevo, á pesar de la severa vigilancia ejercida dentro del vagón que los enjaulaba y de la marcha rápida de los *express* conductores.

París será ahora, pues, quien nos concluirá de relatar esta bonita historia mundana.



Paulina D'Aurignac en el momento de dejar el tren español



Hennión, jefe de la policía francesa que se hizo cargo en Madrid de la familia Humbert

Romain D'Aurignac al trasladarse al «sleeping» francés

NOTA ADMINISTRATIVA

Se ruega encarecidamente á los señores que más abajo se detallan, tengan á bien chancelar sus deudas á la mayor brevedad.

José María Corral—Rivera	$ 27.04
Demetrio Errausquin—Maldonado	» 13.43
Saturnino Mernies—Mercedes	» 9.00
Eustaquio B. Curbelo—San Carlos	» 11.40
Elvira García—Parado	» 9.10
Guillermo Wilson—Rosario Oriental	» 8 64
Francisco M. Sánchez—Minas	» 7.40
Miguel Balvela—Itapebí	» 14.10
Nemesio Ruiz (hijo)—Sauce del Olimar	$ 10 20
Alfredo M. Luc—Estación Cazot	» 7.80
Marcelino Moas—San Fructuoso	» 31.80
Eduardo Cano Aberasturi—Rivera	» 10.80
Pablo C. Godoy—Cerros de la Calera	» 15.40
Vicente Bravo—San José	» 12.30
Gregorio García—San Carlos	» 5 80
Jesús Sosa—Florida	» 7.20

Montevideo, Enero 25 de 1903.

Las historias de Juan María Cabidoulin

POR JULIO VERNE

Se suspendió el trabajo, y los hombres ocupados en él reembarcaron.

Como, por efecto de los vapores, los ojos no podían prestar servicio alguno, aguzóse el oído. Absoluto silencio reinaba à bordo.

El más ligero ruído se hubiera advertido.

Transcurrieron algunos minutos. Ninguná piragua apareció, y realmente hubiera sido gran audacia por parte del capitán King, el intento de atacar al *Saint-Enoch* en aquellas condiciones Aunque la bruma hubiera permitido á los ingleses acercarse sin ser vistos, debían suponer que M. Bourcart estaría alerta. Pero el contramaestre Ollive repetía:

—¡Nada me asombraría tratándose de John Bull!

No se tardó en conocer que aq ello había sido una falsa alarma. El ruído debía provenír de una de esas rachas caprichosas que pasan por entre la bruma sin tener fuerza bastante para disiparla.

Se pudo adbertir que el viento tendía á levantarse, aunqué no se propagaba más que por soplos intermitentes sin dirección fija, y á menos que aumentase, el cielo pemanecería cubierto hasta la salida del sol A esta calma, bastante rara en aquella época y en la parte septentrional del Pacífico sucedería probablemente mal tiempo, y era de temer que la navegación no fuese tan favorecida como lo había sido al abandonar á Petropavlovsk. No obstante, como el *Saint Enoch* había sufrido varias tempestades sin averías graves, Juan María Cabidoulin hubiera obrado mejor callándose sus amenazadores presagios.

Realmente, ¿por qué al navio no había de seguir favoreciéndole la buena fortuna que le acompañó en su primera campaña? ¿Por qué no había de encontrar otras ballenas que le permitirían completar su cargamento antes de anclar en Vancouver?

La tarde avanzaba. La noche sería, sin duda, tan obscura como la precedente. Las precauciones seguían, y, al regresar el teniente Allotte, las piraguas fueron nuevamente izadas á bordo

Para el trabajo que quedaba por hacer, lo mejor era que el *Saint-Enoch* permaneciese en aquella calma durante veinticuatro horas' á condición que favorable viento le empujase luego á la costa americana.

De repente, y poco antes de las cinco, violentos silbidos desgarraron el espacio Al mismo tiempo la mar fué agitada hasta sus profundidades. Inmensa capa de espuma blanqueó su superficie. El *Saint-Enoch*, á impulsos de gigantesca ola, fué violentamente sacudido. Las velas rechinaron con gran ruido, y la tripulación llegó á temer que toda la arboladura se viniera abajo.

Por fortuna, el cuerpo de la ballena, sólidamente amarrado, no se separó, lo que fué mílagroso por lo pronunciado de la bandada que dió el barco.

—¿Qué sucede?—exclamó M. Bourcart lanzándose fuera de su camarote.

Subió á la toldilla, donde el segundo y los tenientes se apresuraron á reunirse á él

—Debe de ser una corríente—dijo monsieur Heurtaux, y yo he creído que el *Saint-Enoch* se iba á pique.

—Sí....eso debe ser repitió el contramaestre Ollive,—pues no hay viento para llenar mi gorra.

—Pero como puede venir acompañada de un chubasco, es preciso recoger las velas dijo el capitán Bourcart.—No hay que dejarse sorprender.

Era lo oportuno, prudente y hasta necesario. Y con efecto, minutos después el viento soplaba con impetuosidad bastante para disipar en parte las brumas en el Sur.

¡Navío por babor!

Este grito, lanzado por uno de los marineros desde los obenques del trinquete. hizo que todas las miradas se dirigieran al sitio indicado.

¿El navío señalado era el *Repton*?

Sí....y estaba á unas tres millas del *Sain - Enoch*.

—Siempre en el mismo sitio—dijo el teniente Coquebert.

—Como nosotros en el nuestro—respondió M. Bourcart.

—Pareceque se dispone á largar sus velas—hizo notar Allote.

Sin duda....va á aparejar—dijo monsieur Heurtaux

¿Será para acercarse á nosotros?—pregunto el doctor Filhiol·

—¡Capaces son de ello!—exclamó Ollive.

—Lo veremos—se contentó con decir el capitán Bourcart.

Y seguía mirando con su anteojo al ballenero inglés.

Había motivo para creer que el capitán King quería aprovechar el viento que entonces venía del Este y le permitía acercarse al *Saint-Enoch*. Se veía á los hombres trabajar en las vergas. Bien pronto las gavias, trinquete y mesana fueron colocadas, amuras á estribor y después el grande y pequeño foque que facilitaron la derribada del *Repton*.

La cuestión era saber si iba á continuar su camino hacia el Este, á fin de ganar algun puerto de la Colombia británica.

No.... no era tal la intención del capitán King. El *Repton*, en vez de poner la proa al Este, caminaba en forma de cortar el camino del *Saint-Euoch*.

¡Vamos...quiere acercarse á nosotros para reclamar su parte de ballena. Pues bien: no tendrá ni una punta de la cola—exclamó Romain Allotte.

La tripulación repitió lo dicho por el teniente. Si el *Repton* venía á atacar al *Saint-Enoch*, se le respondería como convenía, á tiros y hachazos.

Eran las seis y algunos minutos. El sol declinaba rápidamente hacia el horizonte. La mar seguía libre de brumas en la parte donde soplaba el viento. No se perdía ni uno solo de los movimientos del *Repton*, que avanzaba con velocidad media. Si no cambiaba su dirección antes de media hora, estaría bordo á bordo con el *Saint-Enoch*.

En previsión de un ataque, se dió la orden de preparar las armas. Se cargaron los



J. Olivetta
—Vaya, lo dicho; que no se me antoja usar otro aceite que el NEGRITO; pues no estoy para oír rezongos todos los dias, por el aroma ó por el sabor, debido á marcas que no conozco.
—Bien, mujer; aquí tienes el NEGRITO, si es que en él consiste que salga bien.
$ 100
Regalamos CIEN PESOS á la familia que encuentre una lata del exquisito aceite NEGRITO, con doble tapa OTROS CIEN PESOS á la familia ó sirvienta que consuma mas aceite NEGRITO, TORERO ó CURITA, y otros CIEN PESOS al almacenero que en el semestre, nos compre mas aceite NEGRITO, TORERO ó CURITA. LOS $300 y los justificativos están depositados en la Escribania Pública, calle ITUZAINGO; Núm. 162.
Olio d'Oliva
Importatori in Montevideo
Oneglia
Masanés & C.
Uruguay Nº 8 y 10
ACEITE EXQUISITO
MARCA
NEGRITO